



La renuncia del profesor Jorge Millas

El llamado de atención que ha significado la renuncia que a sus funciones universitarias acaba de formular el catedrático y filósofo Jorge Millas, constituye uno de los más graves conocidos hasta ahora.

El profesor Millas es, desde luego, una personalidad reconocida por todos. Su trayectoria uni-

versitaria es no sólo amplia, sino fructífera. Tanto sus colegas como sus alumnos aprecian en él al que, en esencia, es un maestro. Y su palabra, siempre ponderada y precisa, jamás se aparta de lo que estima justo y ecuánime. Es consenso que él no habla sólo por hablar.

Por otra parte, es sabido que, como académico *per se*, el profesor Millas ama a la Universidad y se siente comprometido profundamente con la tarea universitaria. De modo que su renuncia tiene que haber sido para él un proceso de dolorosas implicaciones.

Al dimitir, el distinguido académico no lo ha hecho en el silencio del temor sino que con voz clara y enérgica. Para él, lo que ocurre actualmente en la Universidad tiene tal gravedad y asume tantas proyecciones negativas que si permaneciera en su seno sería algo así como cohonestar lo que estima indigno. En lo fundamental, lo que ha ocurrido habla de un creciente deterioro del concepto mismo de Universidad, que la ha desvirtuado en su razón de ser, sobre todo por la "entronización de lo mediocre y el imperio de la arbitrariedad". Como señala con propiedad en su reciente libro *Idea y defensa de la Universidad*, que acaba de editar la Editorial del Pacífico en coedición con la Corporación de Promoción Universitaria:

—(No es) sólo el daño emergente de lo que (la) cultura pierde por los buenos profesores que dejan de enseñar, los científicos que ya no pueden investigar, los jóvenes a los cuales no se permite estudiar. Daño que se expresa también en el desorden de las vocaciones y experiencias desaprovechadas, como la del filósofo que ha de vender seguros, el neurofisiólogo que busca clases de inglés, el profesor que atiende una botillería. Aludo también al lucro intelectual y moral cesante, que afecta al país

a través de generaciones formadas en un ambiente universitario cohibido, en donde unos callan, otros eluden, y muchos simulan convicciones y actitudes insinceras. En estas condiciones, la Universidad va dejando también de ser, como símbolo, el poder espiritual que debiéramos, al menos como posibilidad, tratar de mantener.

Estas hondas reflexiones tienen que ver mucho con la línea seguida en estos últimos años. Se ha buscado que las universidades no sean "centro de disturbios" y se ha confundido la seguridad y el orden con la pereza para pensar. Y, de hecho, no sólo se ha combatido el supuesto "desorden político" sino que, a través de procedimientos poco universitarios, se ha establecido una verdadera caza de brujas como forma de evitar que surja en el seno de las facultades y escuelas algún tipo de opinión diferente de la oficial.

Cada cierto tiempo, por motivos presupuestarios, se anuncia en las universidades la caducidad de los contratos de una cantidad apreciable de académicos y funcionarios, los que, curiosamente, casi siempre son personas que no han aceptado ser incondicionales. Poco tienen que ver, al respecto, sus calificaciones académicas. Lo que hace merecedoras a esas personas de las frecuentes purgas es solamente su manera de pensar.

Tampoco los reemplazos conciben con méritos objetivos de los nuevos profesores. Son mucho más importantes su militancia u obsecuencia que su calidad, de manera que la Universidad, poco a poco, se ha ido jibarizando intelectualmente, en medio del más "completo orden" y tranquilidad.

La denuncia del profesor Millas debiera ser estimada no sólo como una "mera opinión personal" —como con ligereza y poco respeto sostiene un funcionario interino de la Universidad Austral, pretendiendo descalificarla—, sino como la expresión maciza de quien, por representar a muchos universitarios y a gran parte de la gente de valer de este país, ha sacrificado el quehacer que ama en su ineludible afán de exponer la verdad.